

Devuélvanme al pasillo, por favor

Todo empezó con un dolor sordo en la boca del estómago, una opresión como la del puño de un usurero tenaz que sabes que no va a soltar la presa.

La ambulancia parecía tan lejos del portal. Esos cincuenta pasos se hicieron eternos e insufribles. Y ya en el hospital, ¡al fin!, una camilla y una primera sala donde clasifican cuerpos dolientes y desmadejados, especie de restos de una batalla campal que nadie sabe dónde hay que colocar.

A los afectados por el Covid los mandan al enorme gimnasio, que se ha llenado de camas como si a la mayoría de mis conciudadanos les hubiera entrado tantas ganas de ponerse en forma que hasta decidían dormir allí.

—Este a la sala 1 —escucho que dicen, refiriéndose a mí.

Parece que no soy de los peor parados: esos excedentes de cupo de sala que son destinados, o más bien arrojados, al tétrico gimnasio. Pero al llegar a la salita, resulta que no hay cubículos libres:

—Colocadlo en el pasillo de momento —fue la orden del médico al celador.

Y allí estaba yo, ¡vaya por Dios!, huésped de corredor, viendo pasar camillas con alquilado, camillas libres, en las que se echaba a faltar una lucecita verde, y un reguero de enfermeras, enfermeros, celadores y facultativos que al paso comentaban si su bocadillo de esa mañana no había estado tan bien preparado como el de ayer o si la serie que estaban siguiendo en su plataforma digital los tenía enganchados a tope. Aireaban sus asuntos con despreocupación, sin importarles que un enfermo residente de pasillo pudiera estar escuchando sus conversaciones privadas de toda índole.

¡Aleluya! Queda libre un hueco en la sala. Me aparkan en el reservado número 12. Lo de “reservado” no deja de ser un eufemismo mayúsculo: a mi izquierda una nonagenaria que profería los más variados y descomunales insultos, que hubieran sonrojado al más curtido de los camioneros. Toda persona que pasaba por delante de la viejecita era motejada de hija de p... en el mejor de los casos. Y a mi derecha... ah, eso era otro cantar: una setentona ancha y lustrosa de pelucón rubio y ahuecado que encadenaba halagos en triadas

repetitivas: “sí, cariño, bonita, hermosa... gracias, cariño, cielo, precioso... Parecería que esto fuera preferible a los improperios de su oponente de mi lado izquierdo, pero cuando llevas trescientos tripletes de empalagosos y falsos halagos, como si una ametralladora de chantilly tuviera recarga infinita, se hace agradable un “hijodeputa” exclamado con voz de cascajo y la rabia de noventa años de padecimientos supurando por todas sus sílabas.

Por fin, un médico se acerca hasta el box número 12:

—Tiene usted la vesícula hecha paté, podría competir sin miedo con la más sufrida de las ocas del Perigord. Hay que extirpársela sin tardanza. Sírvase firmar el consentimiento, y no le cuento las complicaciones más graves de la operación porque al último que se las conté salió a escape libre por el pasillo con la batita quirúrgica mal atada, enseñando sus vergüenzas. Y no le hemos vuelto a ver el pelo... ni el culo.

La operación, todo un éxito.

Desperté de la anestesia en una sala enorme y fría, en la que, dado lo avanzado de la hora, yo era el único paciente. Dos caras amables me informan que debo pasar la noche allí con ellos, pues no se había gestionado el ingreso en planta. Si yo hubiese estado en condiciones de hablar, las paredes de aquel enorme y solitario pabellón me habrían respondido con un eco grave y sentencioso, como voces de resucitados tras ese ensayo de muerte que es la anestesia general.

A media mañana, me despedí de la simpática Brenda y el amable Javier: ya tenía habitación, la 309-2 en la Diagonal, como llaman los trabajadores a aquella zona del hospital de la Paz. Ya era un enfermo de pedigrí completo, con derecho a habitación y todo.

En la cama de al lado, Antonio, un viejecito amable y tranquilo de 86 años, que se encargó de recordarme su edad al menos unas mil veces a lo largo de los tres días que compartimos. Ah, y también algunas veces más que vivía en la Ventilla e hizo la mili en Colmenar.

Tuve suerte con el tiempo: días luminosos en los que entraba el sol a raudales por las grandes ventanas. Y por ellas también se podían ver erguidos

frente a mí los cuatro enormes rascacielos de la Castellana. Gigantes de metal y vidrio que establecían un contraste de modernidad con lo vetusto y ajado de la habitación del hospital.

Su apabullante verticalidad parecía amenazar al empequeñecido hospital que se acogotaba minimizándose doscientos metros por debajo.

Todo parecía desarrollarse con la normalidad propia de un hospital público: la comida insulsa protagonizada por unas galletas que por su sabor a polvo ancestral podrían proceder de una excavación paleocristiana, y la ensalada de lechuga sin aceite ni sal, que bien pudiera ser considerada como un salto atrás en la evolución humana del aliño de todo tipo. La recuperación progresaba sin inconvenientes graves...

Y entonces apareció él. Se posó en el alféizar de la ventana y se puso a mirarme con fijeza de obseso.

Me extrañó; yo pensaba que a todos los pájaros que se posan en un alféizar les gustaba mirar hacia fuera, hacia la calle, que es donde podía estar el alimento o el peligro. Pero este pájaro grande y negro no miraba a la calle, me miraba a mí, con una intensidad que me provocó un escalofrío y me hizo recordar el famoso e inquietante poema de Edgar Alan Poe.

Me acometieron unas imperiosas ganas de apartar la vista, pero me dije que eso era una suerte de cobardía intolerable, ningún pajarraco me iba a obligar a humillar los ojos.

El duelo de miradas se prolongó unos diez minutos. Luego, con parsimonia, levantó el vuelo y desapareció como una sombra, dejándome en la duda de haberlo soñado.

Al día siguiente me notaba inquieto, no había un motivo aparente para dicha inquietud, pero ahí estaba ese sentimiento de intranquilidad indeterminado. Pronto se me aclaró el porqué: el pájaro negro volvió a posarse en el alféizar y a mirarme fijamente a los ojos. Esta vez el duelo fue más largo, media hora de contemplar esos dos trozos de azabache que sin parpadear en ningún momento parecían taladrarme el alma.

Me salió sin pensar:

—*Nevermore*.

Nada.

—*Nevermore, nevermore* —grité cada vez más alto— ¡¡¡NEVERMORE!!!

El pájaro, impasible, no apartaba ni un momento sus ojos de los míos.

Esa noche empecé a sentir un malestar en la tripa que no había sentido hasta entonces.

La cosa fue a peor, el cuervo aparecía puntual todas las mañanas y permanecía cada vez más rato observándome, y yo cada día empeoraba un poquito más.

Sabía que el final se acercaba y que iba a ser nefasto. Estábamos a 31 de octubre, noche de Halloween.

Y esa última noche, retorciéndome en mi camilla de sábanas sudadas y hechas un gurrño que laceraba mi espalda fue cuando al fin comprendí la solución a todos mis males. Pero debido a las escasas fuerzas que le restaban a mi organismo maltrecho, el grito que necesitaba hacerles llegar de forma perentoria a mis cuidadores se me quedó atascado sin poder salir de una garganta que se me iba cerrando sin remedio:

¡¡¡Devuélvanme al pasillo, por favor!!!

MANUEL BERRIATÚA